

retes? Esas son palabras desconocidas, sonidos que lleva el viento.

Yo mando mis hijos al colegio, dirán algunos padres al leer este artículo: siempre he dicho a mis hijos, dirán otros, que no tengo que dejarles otra cosa que su educación. Sí, pero no basta enviar a sus hijos al colegio, no basta decirles que necesitan de educación; es necesario dársela, es necesario velar sobre los colegios mismos. ¿Quién les ha dicho que la aritmética i la gramática educan? ¿Quién les ha dicho que después de haber aprendido inglés i francés sabe algo mas un niño, que lo que saben los ingleses i franceses al dejar el seno de su madre? Los idiomas son un medio de comunicación ¿i de qué pueden servir si nada tenemos que comunicar? Luis Blanc no podría enseñar literatura en Inglaterra si no poseyese el inglés; pero si no supiese literatura, aquel solo le serviría para pedir una limosna de puerta en puerta. Esta es, sin embargo, la educación que desean para sus hijos la mayor parte de los padres.

Prescindiendo ahora de la falta de solidez de estos estudios, de la carencia absoluta de educación moral i religiosa, ¿cuidan mucho los padres de que sus hijos aprendan? Nosotros hemos concurrido a los exámenes de todos los colegios. Pocos, muy pocos han sido los padres que hemos visto en ellos. Afianzase en vano los directores por traerlos a presenciar los adelantos de sus hijos; a ellos les basta mandarlos, por moda, al colegio; a ellos les basta decirles: "No tengo otra cosa que decirte que lo que aprendas."

Padres de familia: por vosotros mismos, por vuestros hijos, por las generaciones futuras, por la Patria, velad por la educación de vuestros hijos!

(El Heraldo de Venezuela.)

6-2109

ADHESION,

EXCMO. SR. DELEGADO APOSTÓLICO.

Un humilde sacerdote, el último de los ministros del Señor, el Cura de la parroquia de Los Santos en el Estado de Santander, ha percibido también el eco que ha resonado por el mundo cristiano i que anuncia la ejecución de un atentado enorme contra los derechos de la soberanía temporal concedida a la Iglesia de Jesucristo en la cabeza de los Pontífices. Sí, Excmo. Señor, desde este rincón de la América, yo he percibido el rumor de la tempestad que allí en Europa se formara en estos tiempos para llenar de amargura i de tormento los días preciosos del inmortal Pio IX, nuestro Pastor supremo. ¿Quién lo creyera! Soberanos de dos naciones, hijas predilectas de la Iglesia; soberanos que han afianzado en la frente la corona con el mismo título con que la mantienen los sucesores en la cátedra de S. Pedro; soberanos que no hace mucho tiempo eran los aliados fieles del legítimo Rei de Roma a quien ofrecieran su ayuda para conservar la libertad e independencia de sus Estados; esos mismos soberanos ofrecen hoy al mundo con escándalo violando sus promesas i comprometiendo sus conciencias para apoyar, tal vez para promover una rebelión contra la integridad del territorio sujeto a la soberanía de la Iglesia de que son miembros. ¿Por qué tal conducta? ¿Quién los ha hecho jueces entre el soberano de un reino independiente i algunos de sus súbditos, dado caso que tuvieran voluntad de rebelarse? De dónde el derecho para intervenir?

12 Pero me olvidaba, señor, que el objeto de esta carta no era el de disputar contra las pasiones humanas fundando el derecho de la justicia; no soi

yo el llamado para tal empresa, que ella está concluida por hábiles maestros, i el mundo lee de antemano la sentencia que habrá de poner término a la lucha promovida contra el Vicario de Jesucristo.

Si el destino de la humanidad está pendiente de la Religión santa que profesamos, si esta religión santa es la que conserva, la que enseña i la que propaga por el mundo i por los siglos la Iglesia católica; cuya cabeza visible i única reside en Roma como en su centro; i si para llenar esta misión divina la Iglesia ha tenido que proclamar este libro o independiente de los poderes de la tierra contra los cuales tiene también que batallar en ocasiones varias i ha batallado muchas veces, no cabe duda que ha sido providencial el acontecimiento que señaló un territorio i dió una soberanía a los sucesores de S. Pedro en el Supremo Pontificado: era esto como el complemento de las condiciones para llevar a cabo con mas facilidad i con mas éxito la grande empresa de la regeneración del mundo comenzada en el Calvario. I si esto es así, no puede ningun hombre, emperador ni monarca, quinquiera que este sea, contrariar, ni querer que se contrarie, ni menos que se usurpe el dominio temporal de la Santa Sede sin comprometer su conciencia de católico que le pide por lo menos en lo humano el esplendor i la gloria de la sociedad de que se cuenta miembro, i en las regiones de lo espiritual, el obediencia a los mandatos de aquella. Pero decía, Excmo. Señor, que el objeto de esta carta no era sino manifestaros mi torazon alierto al dolor i al sentimiento amargo por la dura prueba a que se encuentra hoy sujeto Nuestro Santísimo Padre el venerable Pio IX, por el lamentable extravío de algunos de los hijos de la católica Italia que han dado o prestado sus oídos a estrañeras sugestiones para desconocer a su legítimo soberano. La pena debe ser tan profunda cuanto es grande i sublime la persona a quien se ha ofendido, i cuanto es i debe ser el afecto que se interpone entre la víctima que sufre ei i desdichado que la llora. Medid por esto, señor, la pena i el sufrimiento de los hijos de América, católicos sinceros, cuando el que sufre es su padre, i cuando ese padre es Pio IX, a quien el presente siglo saludó con entusiasmo como al Pontífice de la fé, como al héroe de la mansedumbre, como al apóstol de la ciencia.

No es en la Europa solamente donde la política mundana sacrifica a los mejores hombres, ni donde el genio de la impiedad hace guerra constante a la Iglesia de Jesucristo. Aquí estais vos, Señor, en una República de América que no hace mucho tiempo tuvo un Gobierno de escándalo i de baldón para nosotros, Gobierno que tiranizó las conciencias de todos i que llenó de tormento i de amargura los corazones granadinos. Sí, no está muy distante el día en que la inmortal figura de un Prlado esclarecido de la Arquidiócesis de Bogotá, el señor Mosquera, saliera de su Patria i de la Iglesia, por el odio de un ministerio infausto, con que la Divina Providencia castigó por vos años los pecados de su pueblo. El Pastor ilustre de la Iglesia granadina consumió su sacrificio en tierra estraña; i ese sacrificio derramó sobre su grol una copa de amargura; i los asesinos viven entre nosotros, i viven como para recordarnos aquel castigo, como para mostrarnos el tiempo del delito.

Disimulad, Excmo. Señor, que en esta ocasión junto yo mil penas del pasado con las penas del presente, para significaros cuánta es la paz que tomo en los conflictos del Santísimo Padre cuánta es la adhesión que le profeso como su hijo su-